

SUSANA: LA HIJA DE FRANCISCO SOCA

A TRAVÉS DE DOS BIOGRAFÍAS

DR. AUGUSTO SOIZA LARROSA

Sociedad Uruguaya de Historia de la Medicina, marzo 2013.

*No hay aquí ninguna investigación original del autor, sino la intención de mostrar otro ángulo de la vida de Francisco Soca, en este caso a través de su hija, Susana, una olvidada y relegada poeta, de fascinante vida trágicamente amputada a sus 52 años. La lectura de los dos libros, la búsqueda en Internet, más mi obsesiva afición a coleccionar material literario, en este caso su revista montevideana **Entregas de La Licorne** (por inencontrable la edición francesa **La Licorne**) me estimuló a darlos a conocer en el ámbito de una sociedad de historia de la medicina.*

“Era una mujer alta, delgada, con un rostro muy pálido y un halo misterioso”

ODILE BARON SUPERVIELLE, “Una niña con Henri Michaux”, 1998

“¿Está “licornizando”, qué es de la vida de “La yegua verde”? Por qué no haber dado ese título a la revista”- VICTORIA OCAMPO, Correspondencia con Roger Callois, 1947

“Cuando los otros días dijo [Susana Soca] “Ay, Borges: <¿no quiere ensaladas?>,

sentí un odio desmedido hacia ella, desproporcionado al motivo de usar la palabra “ensalada” en plural, un odio que me probó que desde hacía mucho la odiaba”,

ADOLFO BIOY CASARES, “Borges”, sábado 21 de septiembre de 1957.

No es frecuente introducirnos en la *vida privada* de nuestros médicos a través de su familia. Parece que es bastante evocar su figura y ahondar en su actividad profesional. Sin embargo, la privacidad de los hombres públicos - y Francisco Soca lo fue - pasa inevitablemente a integrar la historia social. No por curiosidad malsana, sino porque alumbra más a lo ya conocido. E incluso puede explicar aspectos poco comprensibles o mal aclarados de su vida.

Tal es el caso de Soca, cuya vida privada siempre cuidó de conservar fuera del atisbo de sus contemporáneos. Prueba de ello es que nunca habló de sus orígenes ni de su familia, excepto en alguna carta de su primera época en París. Poco o nada se sabe de su inmensa fortuna, que alcanzó (y sobró) para que su hija y su esposa vivieran en forma regalada, viajando, viviendo en los mejores hoteles europeos por años, dando recepciones, sirviéndose de coche con chófer, comprando arte de primera mano, y vinculándose con lo mejor del mundillo artístico. Incluso editando una revista a todo lujo y pagando sobradamente a sus colaboradores. Una real mecenas, su hija Susana. Con la fortuna heredada de su padre.

A muchos años de su muerte, olvidada (salvo para los especialistas) se rescata a Susana Soca en dos libros recientes o casi, que contienen datos sorprendentes fruto de investigaciones originales, profundas, documentadas. Y que forzosamente, debieron

hurgar también en la vida del padre y esposo, Francisco Soca, el médico famoso, el gran galeno de su época. Esos libros son:

MÁS ALLÁ DEL RUEGO: Vida de Susana Soca. Por Juan Álvarez Márquez. 1ª ed., Montevideo, Librería Linardi y Risso, 2007, 205 págs., ilus.

Este fue el segundo que el autor dedicó a Susana Soca. El previo, “*Susana Soca: esa desconocida*”, también por Linardi y Risso, año 2001. En 1992 inició su investigación en París, entrevistando a la ya anciana fotógrafa alemana Gisèle Freund, que había retratado a Susana Soca y a su madre. Su tesis doctoral en Historia para la Universidad de París III, Sorbonne (1996) fue sobre el cólera y la fiebre amarilla en Montevideo del siglo XIX. Reproduce en la carátula de su libro una fotografía de la biografiada en su casa montevideana, con el fondo del retrato, que le pintara Picasso en 1943. Y en la contracarátula, un óleo de Susana Soca pintado por la surrealista Valentine Hugo, la misma que creó el logo de *la licorne*.

RARA AVIS. Vida y obra de Susana Soca. Por Claudia Amengual. 1ª ed., Montevideo, Ed. Taurus, 2012, 556 págs., ilus. , con índice onomástico.

El libro de Amengual, muy extenso, es la tesis de la autora para la maestría en literatura latinoamericana de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UDELAR. Investigó en Montevideo, Buenos Aires (por su vinculación con Victoria Ocampo y Jorge Luis Borges) y París (donde vivió por años, se vinculó con el mundillo literario artístico y donde permaneció todo el período de la ocupación alemana). En la carátula lleva la foto de Susana Soca por Héctor Cárdenas en 1936, y un logo que Susana eligió para su revista parisina, el unicornio de la constelación estelar vista desde el hemisferio Sur; el mítico animal está parado sobre sus patas traseras, es *la licorne*, diseñado por la artista surrealista Valentine Hugo en 1947.

Vicente Francisco Soca Barreto, fue un “superpadre” que dejó una fortísima impronta en su hija. La cultura francesa, la biblioteca, los viajes, las relaciones con famosos, el orden, la dedicación y tenacidad en el trabajo, el amor al arte. Y dinero, mucho dinero. Sin embargo, ese padre de quien su hija vivió pendiente del recuerdo, y al que quiso seguramente, fue una figura constantemente ausente ya desde la cuna. Héctor Homero Muiños dice que Soca “*era raro, hasta en el físico*”. No tuvo tiempo para ocuparse de su hija, fue una personalidad rutilante de comienzos del siglo XX, en lo profesional y en lo político. Un obcecado por sus obligaciones, pero también naturalmente ambicioso, pues sabía lo que valía. Y hacía pesar su prestigio, incluso ante el presidente de la República, José Batlle y Ordóñez a quien reclamó lealtad y reciprocidad.

Claudia Amengual tuvo en sus manos una libreta de visitas médicas que está en el Archivo General de la Nación, Fondo Juan E. Pivel Devoto (caja 149, carpeta 481 para quien le interese). Allí están registradas día por día y con la identificación de sus

pacientes, las visitas médicas entre el 1º de junio y el 31 de agosto de 1921. En cada día hay unas veinte, con direcciones y todavía algún “Revisado” (¿revisita?). Las visitas domiciliarias incluían también sábados y domingos. ¿No descansaba?. El 19 de julio de 1921, día en que Susana cumplía 15 años, no dejó de hacer la visita de enfermos. ¿No dedicaba la jornada ni siquiera al día del cumpleaños de su hija?.

Soca fue hermético acerca de sus orígenes familiares. Así lo destaca Muiños en su prólogo de 1972 a la *“Selección de Discursos”* del Maestro. En la abundante correspondencia que pudo consultar (es un libro casi definitivo sobre Soca), no hay alusión a sus padres, ni lugar de nacimiento, y sólo una vez menciona su origen campesino. ¿Cuándo nació?. Hay dudas en cuanto a la fecha e incluso lugar: por error, Fernando Herrera Ramos y Ruben Gorlero Bacigalupi (*“Médicos uruguayos ejemplares”*, Horacio Gutiérrez Blanco, ed., Montevideo, 1988: 401) lo dan como nacido en Montevideo, en una casona de las calles Ejido e Isla de Flores, en 1856 (allí vivió es verdad, pero no nació). Muiños se afilia al año 1856 (igual día y mes que los precedentes) basándose en la edad que se atribuía Soca en su correspondencia. En 1858 dice la breve reseña biográfica de su *“Selección de Discursos”* (igual día y mes). En la fundamentación para la erección del monumento, se dice en 1858, pero en el monumento luce 1862. El propio Juan Álvarez Márquez, edición de 2007, plantea dudas y dice *“nació en la campaña de Canelones en 1856, aunque algunos biógrafos lo dan nacido en Montevideo”*. La autora Amengual se entrevistó con el Dr. Fernando Mañé Garzón para quien *“Soca mentía sobre su edad”*, pero no le aclaró el enigma. ¿Porqué iba a mentir?. ¿Por coquetería?. No hay argumento razonable para suponerlo. Para mayor confusión, en el acta de matrimonio con la hermana del Dr. Eduardo Blanco Acevedo, Luisa del 6 de abril de 1905 se dice que *“Vicente Francisco era hijo de Víctor Soca y de María Bárbara Barreto (que en el acta del matrimonio religioso la llaman “María Barboza Barreto”), de 42 años, lo que llevaría a un nacimiento en 1862.* Muiños fue el promotor de la *“coquetería de sacarse años”*, pues tendría 26 más que su consorte. En suma: queda la interrogante; falta la investigación sobre su inscripción parroquial, pues entonces no se había creado el Registro Civil. Lo que está fuera de dudas es su *“origen campesino”*, pues nació en el *“caserío”* de la orilla izquierda del arroyo Mosquitos, departamento de Canelones, al cual recién en 1877 se declaró *“pueblo”* bajo el nombre de *“Santo Tomás de Aquino”* (Araújo, *“Diccionario Geográfico”*, ed. 1900) y en 1900 tenía 250 habitantes. La estación *“Mosquitos”* del Ferrocarril Uruguayo del Este distaba unos 6 kilómetros, pero a la fecha de nacimiento de Soca, ni miras de existir tal medio de llegar a Montevideo; sólo por transporte tirado por equinos. Su padre, Víctor Soca (y su madre) eran oriundos de las Islas Canarias. Tuvo extensión de campo, de la cual quedan unas siete hectáreas, a 7 kilómetros de Los Cerrillos donde vive hoy un sobrino nieto del médico, Juan Bautista Soca. Este entrevistado por Amengual, le dijo que, aún nacido diez años después de muerto el médico, su padre, le contaba que Francisco siendo niño estudiaba en sus libros mientras cuidaba el ganado. Seguramente era una tradición no real, pues en esa época no se conoce si Soca tenía una escuela a su alcance en aquel caserío. Siendo de salud delicada

la madre de Francisco, la familia pasó a radicarse en Montevideo, afincándose en Ejido e Isla de Flores (fuente del error de Herrera Ramos y Gorlero), empleándose el padre en una calera propiedad de Ambrosio Gómez. Éste tomaría al niño a su cuidado al quedar huérfano, acontecimiento que fue una *bisagra* de su vida pues el barraquero le brindó una educación de nivel privado. Posteriormente su tío materno, Leandro Barreto costearía su carrera médica en Montevideo y su estadía en Barcelona [J. Corbella Corbella, “*La estadía hospitalaria de Francisco Soca Barreto en Barcelona*”, *Asclepio*, 1969, 21: 129-134, no hemos podido acceder a este trabajo].

Soca, ya maduro pero soltero aún, compró la casa de dos plantas con garaje de la calle San José N° 23 (hoy 822-826) a su propietario Alfredo Lerena y la escrituró el 11 de junio de 1898. Actualmente está destinada a oficinas de instituciones oficiales de enseñanza primaria, secundaria e industrial. De acuerdo a testimonios familiares, Álvarez Márquez recrea así la residencia de los Soca-Blanco: “*Una amplia planta baja sirve de recepción y biblioteca. De allí surge una gran escalera que lleva a los otros pisos. Al fondo de esa planta se halla el primer jardín [patio]. En el primer piso hay un vasto salón comedor [hoy hay allí una placa recordatoria del médico], de cuyos muros cuelgan pinturas originales de maestros tan célebres como Monet, Goya y algunas otras obras firmadas por artistas holandeses del siglo XVIII. Muebles, heredados algunos, traídos de Europa otros, se suman a algunos tesoros orientales como ser antiguos tapices chinos en seda bordada. Hay varios dormitorios. A pesar que existen grandes ventanas orientadas a la calle y hacia los patios interiores, la casa estaba regularmente en tinieblas. La luz molestaba a Luisa Blanco y las persianas exteriores permanecían casi siempre cerradas. En este piso tenía su habitación la joven Susana, y había también una biblioteca donde recibía a su preceptor, Carlos Sabat Ercasty*”.

Soca conoció a quien sería su esposa, Luisa Blanco Acevedo durante las visitas médicas a su madre, Luisa Acevedo de Blanco. Ya era un profesional próspero. La familia estaba encantada de la asistencia por este prestigioso médico y para mejor, formado en Francia. Se casaron por civil en la noche del 6 de abril de 1905 (tal vez en el domicilio de los Blanco), siendo testigos José Batlle y Ordóñez, presidente de la República y Eduardo Acevedo, el historiador y Rector de la Universidad. Para el casamiento religioso, hay testimonio que Soca había encargado la compra del ajuar para Luisa en Europa a Sofia Platero de Idiarte Borda. La ceremonia religiosa se cumplió en la Catedral de Montevideo también el 6 de abril. La pareja partió de viaje a Europa.

La hija de Vicente Francisco y Luisa María, nació al siguiente año, 19 de julio de 1906, por parto natural en la finca de la calle San José y fue apuntada en el Registro Civil como **Susana Luisa María de las Mercedes**. Se bautizaría dos años después en la Catedral de Notre Dame de París, el 10 de julio de 1908 en ocasión de un viaje a Europa de sus padres. Soca no era católico, su esposa sí y con fervor. En aquella casa de la calle San José (que la autora Amengual visitó y describe con detalle) vivió y murió Soca (también su esposa) el 29 de marzo de 1922, asistido por los médicos Juan Carlos Dighiero y Héctor Muiños. “*Cuando venga el día llamarás a Eduardo*” le había dicho a

su mujer en la lenta agonía. A quien había que llamar era su yerno y alumno Eduardo Blanco Acevedo. Éste y Muiños dejaron importante testimonio del último día de vida de Soca y de su muerte a consecuencia de un accidente cerebro vascular; aquel en la Academia Nacional de Letras ("*Francisco Soca*", Revista Nacional, Montevideo, 2ª época, año V, N° 205, 1960, 343-359) y Muiños en su prólogo a la "*Selección de Discursos*" del Maestro. También José María Delgado vertió el suyo, pero en vena literaria.

Susana niña acompañaba en alguna oportunidad a las visitas médicas que hacía su padre. Así se lo contó a la autora, la entrevistada Marta Behrens, que recordaba haber visto a una niña sentada dentro del automóvil del médico cuando visitaba a su abuela de en la quinta de los Muñoz. Parece que a Soca le interesaba mucho la enfermedad de la señora e iba todos los días (sic). Susana de probable edad de 12 años, no descendía del vehículo y quedaba leyendo un libro en la penumbra del atardecer. La testimoniante la recuerda como "*una aceituna, verde de cara*" que traslucía tristeza. Años después, tal vez afectada por un trastorno del humor, extensión de aquella "tristeza" fue atendida por el médico psiquiatra Alfredo Cáceres, y a causa de ello entró en relación con su esposa Esther de Cáceres y su peña literaria.

Soca fue un médico tan prestigioso como rico. Por parte de su esposa es difícil que haya contribuido a su fortuna. Juan Carlos Blanco Estradé, entrevistado por la autora en la Cárcel Central sonrió ante esa posibilidad y dijo que los Blanco Acevedo "*tenían más apellido que dinero*" y que la cantidad de hijos impedía acceder a lujos y a la posibilidad de una herencia cuantiosa. En la casa de la calle Uruguay donde vivían los Blanco Acevedo, se practicaba la austeridad. Francisco Soca fue médico con amplísima clientela y muy consultado. Eduardo Blanco Acevedo, yerno y discípulo menciona que a su consulta privada acudían diariamente decenas de pacientes de la ciudad, de campaña y con frecuencia del extranjero, y su labor se prolongaba sin término [*Francisco Soca*", Rev. Nacional, cit]. Álvarez Márquez menciona que Soca tenía inversiones en loteos y venta de terrenos en Montevideo y Canelones, pero no aporta documentación ni fuente.

Sin embargo, tal vez su origen humilde, su desinterés por alternar en cenáculos o "charlas de café" u ostentar su poder económico o brillantez académica, no alternó socialmente. Cuentan que José Enrique Rodó, al serle preguntado cómo era que podía reunirse en tertulias de café con ciudadanos que jamás habían sentido preocupaciones intelectuales, habría respondido "*Lo hago por higiene. De vez en vez necesito darme un baño de mediocridad*". Soca no se hubiera perdonado una transacción con lo vulgar y no sintió nunca ese apremio [José M^a Delgado, "*Los grandes maestros: Francisco Soca*", Apart. Rev. Inst. Hist. Geogr. Uruguay, Montevideo, 1952, pag. 10]. No se conoce que haya invitado a su casa para almuerzos, cenas o ambigús a sus colegas nacionales o extranjeros de visita en Uruguay. Si los hubo habrá sido por su esposa, de familia refinada. Tampoco que haya alternado con su familia de sangre. Se carteaba con su amigo y paciente Carlos Reyles, quien le enviaba sus libros que Soca no tenía tiempo

de leer, aunque sí agradecerlos y deslizar alguna opinión. Pero era leal 6 “francófilo”. Cuando Francia se vio ensangrentada por la contienda de 1914-1918, decidió retornar a París para alentar moralmente a sus amigos, y quiso presenciar de primera mano lo que era un bombardeo nocturno sobre la sufrida ciudad. Y con la compañía de Eduardo Blanco Acevedo, que en esa época ejercía en París como cirujano del ejército, como lo recuerda éste *“Cuando las sirenas estridentes anunciaron la llegada en medio de la noche de los destructores aviones, dije – vamos -. Y así bajando los Campos Elíseos y siguiendo luego por las barriadas más populares, por calles desiertas, en medio de una oscuridad que hacía difícil la marcha, Soca pudo contemplar un severo y persistente bombardeo, uno de los más intensos sufridos por la valiente ciudad. Derrumbes, escenas catastróficas, estampidos del ataque y de la defensa, hasta que una inmensa columna de fuego surgió del pavimento, elevándose más alta que los más altos edificios. Para mí, que estaba acostumbrado, fue un insólito hecho, explicado luego porque una bomba había perforado la canalización principal del gas provocando una formidable explosión seguida de incendios espectaculares. Dos horas después sonaron los clarines que entonaban la “Berloque” señal convenida anunciadora que el ataque había terminado, sin perjuicio de la posibilidad de que fuera reanudado. Soca no se había inmutado y se limitó a decir “¿Y eso es todo?”: a lo que respondí: - Sí, es todo cuando uno queda vivo”* [Rev. Nacional, cit.: 354].

Dice su alumno José M^a Delgado que *“Tampoco lo tentó el oro. Pudo ser inmensamente rico nada más que con haber explotado un poco su fama. Más no había nacido para eso. Ni siquiera supo manejar el dinero. Lo entregaba a manos ajenas y ni quería saber como lo empleaban. **La parquedad de sus honorarios es clásica** a veces descendía a los lindes del ridículo. Su consultorio estaba como quien dice <en medio de la calle>. A veces le reprochaban tal pródiga facilidad haciéndole notar el contraste con la conducta de otros jefes profesionales cuyo lustre no podía compararse al de él.”* [Delgado, cit. : 25]. Esta referencia de Delgado no concuerda con la fortuna que su hija y esposa disfrutaron después de la muerte de Soca.

Supo elegir a una esposa de clase socialmente alta. Cuando su matrimonio, era ya un médico de renombre, político con cargo parlamentario (1891) y profesor titular de Clínica de la Facultad de Medicina (1896) lo que justificaría en cierto modo la unión con una mujer distinguida. Es improbable que hubiera elegido como consorte al hijo de un rural y ex empleado de barraca de construcción. La hija de ambos, Susana fue producto de esa mezcla de clases sociales, pero más *Blanco Acevedo* que *Soca Barreto*. Al punto que su educación, por todos lados francesa, la recibió en su hogar: primero con los Mendilaharsu-Blanco. Maruja Blanco, hermana de su madre y maestra, estaba casada con Julio Raúl Mendilaharsu). Luego, ya adolescente, clases particulares con Carlos Sabat Ercasty. Llegó a rendir materias de 2º año de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, pero los suspendió en 1932 luego de unos sinusitis que atendió con Héctor Muiños, y ya no volvió a las aulas. Tampoco – como se presumía – se matriculó en la *Sorbonne*.

Un aspecto poco conocido de Soca es su pasión por el arte visual, sobre todo la pintura. El médico José María Delgado lo relata como uno de los deleites de Soca. “*Sus ocios eran selectos: se los entregaba al arte, sobre todo a la pintura por la que sentía veneración, y en cuyo recinto andaba sin necesidad de lazaretillos. Jamás pidió opinión para comprar una tela, la bastaba la suya. Solía permanecer horas enteras en gozo íntimo, examinando su galería de cuadros. Hacía años que los tenía, años que los observaba*” [José M^a Delgado, “Soca”, 1929, cit. por la autora: 163]. No sabemos que pintura tenía Soca, que llegó a poseer según Delgado “*valiosa pinacoteca*”. Álvarez Márquez refiere un amplio catálogo, también de piezas de escultura, muebles, tapices y bibelots. Su hija la acrecentó, pero su dispersión ante la trágica muerte, torna imposible hacer un relevamiento más o menos seguro. Es singular la historia del retrato al óleo sobre papel de Susana pintado por Pablo Picasso en París, en plena ocupación nazi en octubre de 1943. Está citado (y reproducido en blanco y negro) en el catálogo razonado de las obras de Picasso de Christian Zervos, lámina 148 de la pág. 79, pero como “*Cabeza de mujer, óleo sobre papel, 18 (aunque fue el 2) de octubre de 1943, 65 x 50 cm*”. Existe fotografía de Susana en Montevideo con su retrato sobre la estufa.

La biblioteca de Francisco Soca es otro enigma. “*En el caso de Susana Soca – dice Valentina Litvan - a la trágica muerte, se suman los conflictos provocados por la desaparición o dispersión de gran parte de su valiosa biblioteca de primeras ediciones, así como de algunos cuadros de su importante pinacoteca (contaba con obras de Picasso, Cézanne, Monet, Sorolla, Modigliani, o De Chirico, entre otros). Del mismo modo, llama la atención la negligencia con que se han tratado sus manuscritos y documentos que podrían haber configurado un valioso archivo, hoy inexistente. Las huellas materiales de Susana Soca prácticamente no existen, pero sobre ella se escucha, se fantasea, se habla* [Valentina Litvan Shaw, « El retorno de Susana Soca », www.Amerika.revues.org/2612].

Jorge Castillo, especialista en arte y colaborador de Susana Soca participó en la venta de su colección, [cf. entrevista realizada por Fernando Loustaunau, « El sur del arte uruguayo » en *El observador*, viernes 8 de enero de 1999, p. 3]. El cuadro de Cézanne y el Modigliani los menciona Onetti en «*Recuerdo para Susana Soca*» [*Mundo Hispánico* N° 333, Madrid, diciembre 1975, pp. 64-65}. Ricardo Paseyro, otro de sus estrechos colaboradores escribe al respecto: «*Su fabulosa pinacoteca, su vasta biblioteca, la célebre colección de libros de ciencia del doctor Soca –que Susana destinaba a nuestra Facultad de Medicina–, la correspondencia, los muebles, las joyas, los centenares de objetos preciosos, representaban un tesoro de una incalculable cuantía. Desapareció. ¿Cómo? Practicando aquí por esta vez y en homenaje a Susana, la caridad cristiana, **acepto coser mis labios.***». Lo hizo en el discurso escrito en ocasión de la presentación del libro de Juan Álvarez Márquez, en la Universidad Católica, Montevideo, 2001.

En la reciente historia del Hospital de Clínicas se dice que fue heredada por Eduardo Blanco Acevedo, cuñado de Francisco Soca. Quien compró la biblioteca de su hija fue el librero y bibliófilo Washington Pereyra, con intervención del Dr. Fernando Mañé

Garzón. La transacción, amén de otras interesantes anécdotas, está en el libro de Amengual. Hace años, el Dr. Mañé Garzón presentó en la Sociedad de Historia un ejemplar de la tesis parisina de Soca, obsequiada por Eduardo Blanco Acevedo.

Susana y su madre permanecieron en París durante toda la Segunda Guerra Mundial. Esta estadía podría constituir el argumento de todo un libro. Llegaron en la segunda mitad de 1938, sin saber que sería una permanencia de años, pues se quedaron hasta después de finalizada la guerra. Se alojaron en el Hotel Plaza Athénée y luego en una suite del lujoso Hotel George V, que habrían de abandonar a la entrada de los alemanes en París, por ser ocupado desde entonces por el alto mando alemán. Pasaron al Grand Ritz Hotel de la Place Vendôme y luego a un apartamento de Passy. Siempre en el primer nivel. El entonces embajador uruguayo en París, Abelardo Saenz la recuerda en su libro “*De la ciencia y la diplomacia*” editado en francés en 1961. Ahora lamentamos no haber interrogado a su hijo, el Dr. Abelardo Saenz Sanguinetti, que fue miembro de esta Sociedad de Historia hasta su muerte, pues seguramente nos hubiera relatado sus vivencias en el París ocupado y sus encuentros con Susana Soca. Fue en París de la inmediata postguerra donde comenzó la singular edición de su revista *La Licorne*, cuyo primer número es del 5 de marzo de 1947. El número 2 es del 5 de diciembre de 1947 y el número 3 (último número parisino) es de 25 de octubre de 1948. Hoy es impreso raro.

En el primer número colaboraron dos uruguayos: Jules Supervielle con “*Genèse*”, poema escrito en el Océano Atlántico de retorno a Francia luego de terminada la guerra. Y Felisberto Hernández, en esos años viviendo en París y recibiendo la generosa amistad (y dinero) de Susana Soca. Y a quien su madre, Luisa Blanco, no quería invitar más al almuerzo por la extrema voracidad que hacía gala el escritor. Feliberto publicó la primera traducción al francés de “*El Balcón*”. También colaboró Jorge Luis Borges, con su conocido “*Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*” escrito en 1940 en la ciudad uruguaya de Salto. Este texto, incluido originariamente en *Antología de la literatura fantástica*, cuenta con un *post scriptum* para *La Licorne* de tres páginas [Fernando Loustanau, “*Susana Soca: La Dame Á La Licorne*”, Rev. Iberoamer., Pittsburgh, vol. LVIII, N° 160-161.: 1015-1025, consultable en:

http://www.archivodeprensa.edu.uy/biblioteca/susana_socav2/sobre.htm]

Aparte de *La Licorne* tres revistas más fueron fundadas por uruguayos en Europa: *Alfar* (1923) de Julio Casal en La Coruña, *Cercle et Carré* (1930) de Joaquín Torres García y Michel Seuphor en París y *Mundo Nuevo* (1965) de Emir Rodríguez Monegal, también en París [Loustanau, cit.].

En 1948 Susana y su madre retornaron a Montevideo, donde continuó esa revista, ahora como *Entregas de la Licorne*, cuyo número 1 y 2 (ejemplar doble) es de noviembre de 1953. Y el último, ya muerta su editora, fue el número 16 (curiosamente no hay 13, 14 ni 15) y es de setiembre de 1961. No es del caso detenerse en su contenido, fatalmente ignorado por los *parricidas* de la generación de 1945, pero esa revista en nuestro medio, no fue bien comprendida por su carácter europeizante y elitista. Algo similar a lo que acontece con Victoria Ocampo y su revista *Sur*. Los colaboradores y cuerpo de

redacción se contaron entre las personalidades más descollantes de la literatura de esa época, previo al *boom* de la literatura sudamericana. Fue algo así como la Victoria Ocampo uruguaya, pero más que literatura hispanoamericana, literatura europea.

Susana Soca tenía 16 años a la muerte del médico. Ella y su madre se preocuparon por preservar la memoria del padre y esposo. Soca tiene calles con su nombre, un monumento, una capilla, un hospital, un liceo y un pueblo, Santo Tomás de Aquino más conocido por Mosquitos, luego “Pueblo Francisco Soca”. La Facultad de Medicina instauró un premio, el “Premio Soca”.

Sobre este cambio de nombre al **pueblo**, habría sido la esposa de Soca que tramitó darle el de su esposo, muerto seis años antes. Cristalizó en el Decreto del 18 de abril de 1928, pasando a denominarse “Dr. Francisco Soca” el pueblo conocido como Santo Tomás de Aquino y coloquialmente Mosquitos. En 1971, otro decreto del 23 de setiembre elevó la categoría del pueblo a ciudad. También el **hospital** local lleva su nombre. Y el **liceo**, oficializado en 1973.

Jamás habrá imaginado Francisco Soca que en su nombre se erigiera un lugar de culto católico, él que no profesaba credo religioso alguno. Pero tiene una **capilla**. No fue erigida en honor a Susana Soca, sino a su padre. Se le encomendó al arquitecto catalán Antonio Bonet Castellana por la esposa e hija de Francisco Soca. Bonet fue el arquitecto que urbanizó la espectacular Sierra de la Ballena, en Maldonado, y allí tenía su chalé. En La Ballena hubo varios catalanes, entre ellos Margarita Xirgu. Los planos definitivos que sirvieron de base al edificio están en la actualidad fuera del país, en el Colegio de Arquitectos de Cataluña, en Barcelona y llevan fecha 1962, por lo que la erección del templo es posterior a la muerte de Susana. La curiosa edificación, con los tres volúmenes triangulares de la Trinidad y con forma de Cruz Latina es fácilmente visible en el pueblo que lleva también el nombre de “Soca”, contiguo a la escuela local N° 125 “Luisa Blanco Acevedo de Soca”. La vinculación de Susana con el arquitecto Bonet seguramente nació en las reuniones de Punta del Este, donde concurría con el poeta Rafael Alberti, y donde era visitante Margarita Xirgu, que, como dijimos, terminó construyendo en la Sierra de La Ballena su propio chalé. La capilla quedó inconclusa y nunca hubo allí oficio religioso alguno ni fue consagrada como templo católico. Yace la construcción como una curiosidad, cerrada al público e ignorada incluso su finalidad, por los lugareños.

Respecto al **monumento a Soca**, hubo muchos contratiempos. El 12 de octubre de 1926 se firmó el contrato entre un “Comité Ejecutivo Pro-Monumento a Soca” presidido por el Dr. José F. Arias con una larga lista de comitentes, y el escultor francés Emile Antoine Bourdelle. La documentación está en el Museo Histórico Nacional en el fondo “Francisco Soca” [*Rev. Histórica*, N° 145-147]. En París, el Dr. Hugo Barbagelata y André Blum fueron los encargados de controlar el avance de la obra. El costo habría sido solventado por los discípulos de Soca. El fundidor elegido fue Georges Rudier en la “Fonderie d’Art”. El escultor Bourdelle se comprometió a entregarla en cinco años a

un costo total de 100.000 pesos oro uruguayos en cuatro cuotas, siendo la última al terminar la obra. Pero Bourdelle murió antes de finalizarla (1929) y desde entonces se precipitaron inconvenientes entre la viuda, Cleopatra Bourdelle y el Comité. Entre otros, la depreciación del peso uruguayo respecto al franco, por la tardanza en finalizar el fundido. Susana Soca y su madre, en París, 1932, alojadas en el Hotel Claridge iniciaron gestiones para la entrega del monumento ante la sucesión Bourdelle. También intervino el Ministro de Relaciones Exteriores de la época, Alberto Mañé, así como Baltasar Brum. Recién el 13 de abril de 1933 el bronce estuvo pronto para ser enviado y a fines de ese año se depositó el dinero de la última cuota por la finalización de la obra. Escribe Susana Soca al Ministro Mañé desde París:

“Junio 3, 1933.

Cher ministre et ami: Con mucho gusto he recibido noticias tuyas, no habiéndole contestado todavía para poderle dar algunos datos acerca de la cuestión del monumento. Mamá y yo le agradecemos especialmente la pena que viene Ud. tomándose por este asunto y la eficacia suya al obtener la transacción que nos fue últimamente comunicada.

El Sr. Arias nos ha enterado de sus telegramas y demás diligencias en favor de este asunto; después de diversas dificultades, creemos posible [obtener de] depositar el dinero en Francia, según su indicación.

En caso de solucionarse estos inconvenientes dignos de los momentos presentes, le agradecería me dijera cuándo se hará la exposición del monumento pues nos gustaría volver para entonces allá.

Yo guardo el más simpático recuerdo de mis demasiado buenos días de París, y deseo vivamente ir de nuevo.

Ya encontraba monótono esto en tiempos de prosperidad y no tengo razones para hallarlo más agradable ahora con este bloqueo de la crisis que nos limita cada vez más a nosotros mismos con la sola dimensión de la política, dimensión bastante escasa como Ud. sabrá.

Esperando verlo pronto, un afectuoso saludo de Susana Soca” [Universidad de la República. Archivos de prensa, “Susana Soca”, en:

http://www.archivodeprensa.edu.uy/biblioteca/susana_socav2/index.htm].

Pero aún correrían varios años antes de ser librado al público.

El monumento, emplazado en su actual ubicación, avenida Italia en el cruce con Avenida Centenario y la calle Garibaldi. Lleva una leyenda que es del mismo Francisco Soca: “*Los pueblos serán sabios o morirán*”. Es decir, sin educación y conocimientos no hay progreso sino mediocridad. Hay discrepancia en la fecha de nacimiento: en la exposición de motivos para emplazamiento del monumento dice 1858; en el monumento, 1862.

Su discípulo-poeta, José M^a Delgado fue el autor de una oración escrita al inaugurarse el monumento un frío domingo 22 de mayo de 1938 dedicada “Al Maestro que vuelve”: “*A la hora de su muerte andábamos como sombras / Pero todos nos decíamos: Volverá, para él no se hicieron los sepulcros*”, pero no hizo discurso. No obstante la

concurrancia pudo escuchar palabras de una legión de médicos y delegados académicos. Como curiosidad, no se menciona la presencia de la viuda y la hija de Soca.

Susana Soca murió el 11 de enero de 1959 a los 45 años, carbonizada, en el siniestro de aviación ocurrido al intentar tomar la pista de aterrizaje en el Aeropuerto *El Galeao*, Río de Janeiro, el avión Super Constellation de Lufthansa, vuelo 502 de Hamburgo-París-Río. Murieron en ese accidente los 39 pasajeros y sólo se salvaron 3 tripulantes. Su cadáver fue identificado a través de la dentadura, luego que se enviara la ficha dental desde Montevideo. La tramitación para la repatriación a Montevideo fue encargada a su primo Juan Carlos Blanco. Está sepultada junto a su madre (muerta en 1968) en el panteón de Juan Carlos Blanco/ yLuisa Acevedo de Blanco, en el Cementerio Central. Francisco Soca está a poca distancia, en el Panteón Nacional.

Presentado a la sesión científica de la “Sociedad Uruguaya de Historia de la Medicina”, del 5 de marzo de 2013.